

biblioteca **André
Comte-Sponville**

**Esta cosa tierna
que es la vida**



PAIDÓS

ANDRÉ COMTE-SPONVILLE

ESTA COSA TIERNA QUE ES LA VIDA

Entrevistas con François L'Yvonnet

Traducción de Carme Castells

PAIDÓS 
Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *C'est chose tendre que la vie*, de André Comte-Sponville
Publicado originalmente en francés por Éditions Albin Michel

Traducción de Carme Castells

1.^a edición, octubre de 2016

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Éditions Albin Michel, 2015
© de la traducción, Carme Castells, 2016
© de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U., 2016
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3249-4

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Depósito legal: B. 17.851-2016

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España — *Printed in Spain*

Sumario

Prólogo	9
1. Convertirse en filósofo	11
2. ¿Qué filosofía?	55
3. Algunos maestros	105
4. «Quien habla de felicidad...»	161
5. Civilizaciones	193
6. Política	249
7. Arte	293
8. La moral y la ética	335
9. De vez en cuando, la eternidad	383
10. Filosofar hoy	439
Índice onomástico	467

CAPÍTULO 1

Convertirse en filósofo

Empecemos por el principio. ¿Cómo llegó usted a ser filósofo?

Como todo el mundo: haciendo filosofía, es decir, primero leyendo a los grandes filósofos del pasado, releyéndolos, meditándolos... Ya sabe lo que dijo Malraux: «Es en los museos donde se aprende a pintar». De manera similar, ¡es en los libros de filosofía donde uno aprende a filosofar!

Pero no todo el mundo los lee... ¿Qué es lo que le impulsó a usted, personalmente, a sumergirse en ellos?

La dificultad de vivir, la pasión de pensar... Yo era un niño serio, en una familia doliente. Una madre depresiva, con tendencias suicidas, un padre duro y voluntariamente despectivo... No resultaba difícil odiarle (para un hijo, es más bien una suerte); no era fácil amarla a ella, aunque yo la amaba apasionada, triste, ansiosamente. No siento ninguna nostalgia de esos años, sino más bien al contrario, ¡el alivio de haberme librado de ello! A los veinte años, creí que lo peor ya había pasado. Me equivocaba. Pero lo mejor, por supuesto, estaba por llegar. La oposición a mi padre me ayudó a construirme (hace mucho tiempo que el odio desapareció). Con mi madre, fue más difícil. Yo crecí con su infelicidad, con su fragilidad, con su patología, con sus farsas

insignificantes o sórdidas... Para mí los libros fueron, si no un refugio —porque no hay refugio contra la infelicidad—, al menos sí una diversión. Muy joven, desde mis diez o doce años, yo quería ser escritor. Debo decir que en aquel entonces yo sufría de una especie de problema de elocución, del que mi padre se burlaba cruelmente. La palabra me parecía prohibida; me quedaba la escritura. Sin embargo, prácticamente yo solo leía novelas, como corresponde a esta edad. Por tanto, soñaba con convertirme en novelista... Todo cambió cuando descubrí la filosofía, primero hacia los dieciséis o diecisiete años, con algunos libros leídos en soledad (Pascal, Kierkegaard, Camus...), después y sobre todo en el instituto, en el bachillerato.

Así pues en 1969-1970, en el instituto François Villon, Porte de Vanves, en el distrito XIV de París... ¿Con qué profesor?

Pierre Hervé, que hoy es poco conocido, pero que, en la época, seguía conservando su aureola de gran resistente, de responsable político (fue redactor jefe de *L'Humanité*, antes de ser expulsado del Partido Comunista Francés en 1956), de filósofo (había publicado varios libros, entonces muy valorados, debatiendo con Sartre y Merleau-Ponty)... Impartía un curso magistral, en todas las acepciones del término, casi íntegramente redactado, muy denso, muy exigente. En resumidas cuentas, sin muchas concesiones al debate o a alguna especie de mayéutica... En cambio, siempre estaba dispuesto a nuestras preguntas, a nuestras objeciones, cuando nos atrevíamos a plantearlas. Era lo contrario a un demagogo. Con sus alumnos se mostraba distante y respetuoso a la vez. Nos llamaba por nuestro apellido, nos trataba de usted, no se preocupaba por seducir, ni tampoco, al parecer, por ser amado. Pero ¡qué claridad, qué rigor, qué disfrute filosófico! Daban ganas de vivir y de pensar. Le recuerdo diciéndonos (él debía de tener más o menos la edad que yo tengo hoy), mirando el cielo por la ventana: «¡La

vida es bella!»». En su boca, esto sonaba verdadero y nos infundía valor.

Su autoridad natural impedía —incluso en aquellos años inmediatamente posteriores al 68— el menor alboroto. Mis condiscípulos, aun apreciándolo, encontraban sus cursos austeros y difíciles. Pero ¡yo estaba en el cielo! Aquel año tomé, a razón de ocho horas por semana, más de mil páginas de apuntes. Yo amaba a ese hombre, le admiraba; también era sensible a la atención que me prestaba. Cuando le escribí, después del bachillerato, para mostrarle mi agradecimiento, él me respondió que yo había sido su mejor alumno desde hacía muchos años... No obstante, no tuvimos una relación amistosa. Yo era muy joven, él estaba a punto de jubilarse; él era el maestro, yo el alumno: cada uno tenía su lugar. Cuando mis compañeros de clase querían que la pausa, entre dos horas de curso, durase más tiempo, me enviaban a discutir con él. Lo cual convenía a todo el mundo: un poco menos de trabajo, para él y para nosotros, y un poco más de intimidad, para él y para mí...

Después teníamos las redacciones, ¡que tanto me gustaba escribir! Yo siempre sacaba la mejor nota, a menudo con mucha diferencia. ¡Esto me cambió! Hasta entonces, yo había sido un alumno más bien mediocre, indisciplinado y un poco vago a la vez. Nunca repetí curso, pero tampoco destacaba salvo, tal vez, en francés. Y descubrir de repente esta especie de facilidad... No podía menos que impresionarme. Me preguntó cómo me convertí en filósofo... Tal vez descubriendo que estaba mejor dotado para el pensamiento que para la vida. ¡Cuando uno toma conciencia de semejante desfase, parece normal que ponga su capacidad al servicio de su dificultad para vivir!

Dice que se convirtió en filósofo leyendo a los grandes filósofos del pasado. Pero ¿y durante la infancia? ¿La lectura era una actividad habitual en su entorno? ¿Qué libros tenía a su alcance en casa de sus padres?

Mis padres no eran intelectuales. Ninguno de los dos hizo el bachillerato, ni tampoco fueron a la universidad. Eran comerciantes, antiguos tenderos («droguero», como se decía en la época, o «vendedor de escobas», decía mi padre), que se convirtieron en mayoristas de productos de mantenimiento... Así pues, mi padre era propietario de una pyme, a quien mi madre servía de mecanógrafa. Profesionalmente, todo iba bastante bien, durante muchos años. Después llegaron las grandes superficies, con sus propias centrales de compras que prescindían de los mayoristas... La empresa de mi padre no sobrevivió. Él, que soñaba con hacer fortuna sin conseguirlo, cerró su empresa justo a tiempo para no arruinarse del todo, a la espera de la jubilación, y durante algunos años tuvo un empleo asalariado como repartidor de coches entre los fabricantes y los concesionarios. Esto le gustaba mucho: ¡era menos estresante que dirigir una empresa!

¿Y su madre?

Ella siempre me dijo que dejaría a mi padre cuando yo fuera económicamente independiente (yo era el más joven de sus tres hijos, y mi padre le hizo creer que no tenía ninguna intención de ocuparse de nosotros, ni tampoco de atender nuestras necesidades). De hecho, ella se fue el mismo día en que me admitieron en la École Normale Supérieure, lo que me garantizaba unos ingresos: de los IPES,* si a continuación me suspendían en el examen oral, o un salario de *normalien* si aprobaba, como fue el caso. Los telefoneé para anunciarles la buena nueva. Cuando volví a casa, por la tarde, ella ya no estaba allí. Su valentía, instantánea, me impresionó. Los años que siguieron no fueron fáciles para ella, ni mucho menos. No obstante, encontró trabajo sin demasiadas difi-

* IPES, siglas de Institut de Préparation Aux Enseignements de Second Degré, centros en los que se formaba a los futuros profesores de instituto. [N. de la t.]

cultades: volvió a ser la secretaria que jamás había dejado de ser, pero esa vez en una gran empresa. Después, se casó con un obrero gentil y dulce, aunque me dijo que a veces añoraba a mi padre, que no era ni lo uno ni lo otro, aunque le echaba de menos...

Comte-Sponville, ¿este es su verdadero apellido, o es un seudónimo?

Es mi apellido: fue el de mi padre, al final...

¿Al final? Los apellidos compuestos, en Francia, no son muy corrientes. ¿Cuál es su origen?

¡Es una cuestión que me he planteado a menudo! La historia es un poco extraña. Mi padre, cuando yo nací, se llamaba Comte-Sponville. Pero este no era su apellido cuando nació. Su padre, que fue panadero y después transportista en el mercado de Les Halles, se llamaba Julien Comte, originario de la región de Lorena. Nacido en 1877, en Imling, cerca de Sarrebourg, abandonó Alemania (el Mosela, después de la guerra de 1870, formaba parte del Reich), para emigrar a Estados Unidos. Se fue solo, a la edad de catorce años, y sus padres le prestaron el dinero del viaje. Así pues, cruzó el Atlántico, y después, siempre solo, todo el continente norteamericano hasta llegar al Pacífico. Se unió a un primo panadero, en California. No hizo fortuna, pero ganó el dinero suficiente como para regresar a Francia, reembolsar a sus padres el precio del billete de ida, y posteriormente abrir una panadería en París, en el distrito VII, en la que, dicho sea de paso, trabajaba trescientos sesenta y cinco días al año, incluyendo por tanto los domingos y los días festivos... Allí fue donde nació mi padre, al que llamaron Pierre. Él fue el tercer hijo varón, y su madre esperaba una niña. El apartamento, situado en el número 38 de la calle Chevert, era bastante pequeño. ¿Mudarse? Era difícil. Y sucedió que los vecinos del rellano, el señor y la señora

Sponville, no tenían hijos... Así pues, propusieron a los señores Comte hacerse cargo del niño, lo que permitiría descongestionar uno de los dos apartamentos y animar el otro. El matrimonio Comte aceptó: mi padre pasó toda su infancia y su adolescencia en casa de los vecinos, que se convirtieron también en su padrino y su madrina y que, bastante tiempo después, acabaron adoptándole. ¿Por qué esta adopción? Quizá para reducir los derechos sucesorios (que no debían de ser demasiado cuantiosos: el señor Sponville era funcionario), quizá para oficializar una situación de hecho, ya antigua, y los sentimientos que la acompañaban...

¿De aquí el apellido compuesto?

Sí: mi padre, al llegar a la mayoría de edad, hizo unir oficialmente el apellido de su padre biológico y el de su padre adoptivo... Sin embargo, ello no quiere decir que tuviera los mismos sentimientos por sus cuatro progenitores, en absoluto. Lo único que sé de la señora Comte, nacida Marie Boutelant, es que nació en París y que falleció en 1951 «de pena», decía mi padre, porque nunca se consoló de la pérdida de otro de sus hijos, su preferido, que murió en la guerra. En cambio, conocí mucho a Julien Comte, mi abuelo, que falleció en 1961. A menudo venía a comer a casa los domingos (concluyendo cada almuerzo con la fórmula: «¡Uno más que no cayó en manos de los prusianos!»). Mi padre mantenía con él unas relaciones respetuosas, pero distantes. Nada que ver con los sentimientos que profesaba hacia sus padres adoptivos, el señor y la señora Sponville, con los que siempre estuvo muy unido. Yo no los conocí (uno murió antes de nacer yo, y el otro poco después), pero mi padre hablaba siempre de ellos con una mezcla, muy rara en su caso, de ternura y alegría. Sobre el «padrino Paul», como él le llamaba, siempre he oído hablar bien. En cuanto a la señora Sponville... Ya al final de su vida, consumida por la enfermedad de Alzheimer, cuando otros la hu-

bieran llamado «Mamá, mamá», mi padre gemía: «Madrina, madrina, madrina...».

No es menos cierto que esta partida, este exilio en casa de los vecinos del rellano, fue una especie de abandono...

No del todo, porque mi padre conoció a sus padres biológicos, los veía todos los días, jugaba con sus dos hermanos... Pero sí se produjo una especie de distancia, como una relegación de la proximidad. Él debió de sufrir, y esto podría explicar, al menos en parte, esta dureza a la que me refería... Pero se trataba también de una generación particular. Mi padre nació en 1912, y se crio, imagino, en las angustias de la primera guerra mundial y, después, en la exaltación de la victoria. ¡La región de la Lorena volvió a ser francesa! Joven adulto, conoció la gran crisis económica de la década de 1930, y después otra vez la guerra (en la que fue movilizado), la humillación de la derrota... Él formó parte de los cuatrocientos mil soldados acorralados en el bolsón de Dunkerque, en mayo de 1940, bajo los bombardeos y creo que nunca se perdonó haber tenido tanto miedo... También desconfiaba de todo lo que consideraba como sensiblería, afectividad, molicie. Creía a ciegas en la fuerza de carácter, la energía, la voluntad, las cualidades guerreras o las consideradas como tales... Confundía virilidad y dureza, como muchos hombres de su generación, y despreciaba todo lo que le parecía débil o afeminado. De haber sido filósofo, sin duda hubiera sido nietzscheano. Hubiera podido decir también, como el autor de *Más allá del bien y del mal*: «¡Permanezcamos duros, nosotros, los últimos estoicos!».

Era un hombre autoritario, reaccionario, incluso misántropo: se declaraba monárquico, despreciaba al pueblo, admiraba a la aristocracia y no tenía mucha estima por sí mismo. Poco dotado para el amor, poco dado a la mentira, tampoco a la compasión. Ningún esnobismo; ninguna indulgencia. El verbo alto, brillante, sardónico. Pero más bien fue desgra-

ciado —especialmente con su pareja— que malvado. Muchos años más tarde, después de que mi madre le dejase, se enamoró de una mujer maravillosa con la que se casó. Yo descubrí a otro hombre, amante, atento y tierno: ¡lo contrario de lo que había sido con mi madre! Esto me dio mucho que pensar.

Y su madre, ¿de dónde procedía?

Su padre, al que yo no conocí, se llamaba Pierre-Marie Le Borgne. Nació en 1892, en Bréhand, cerca de Lamballe, en las que entonces aún no se denominaban las Costas de Armórica. Eran una familia de campesinos pobres. En su partida de nacimiento consta que sus padres «no sabían firmar»... De este abuelo no sé casi nada, solo que era bretón, jardinero en la Villa de París, alcohólico, y que volvió de la guerra de 1914-1918 con muchas medallas... En cuanto a mi abuela materna, nacida Léonie Fouché, era originaria de Clussais, en los Deux-Sèvres, también de padres agricultores y sin dinero. Ella dejó a su familia, cuando llegó a la edad adulta, para convertirse en obrera de una fábrica, en los suburbios de París, antes de beneficiarse de una larga jubilación (falleció a los noventa y nueve años), que pasó esencialmente en Issy-les-Moulineaux, en un apartamento de un solo ambiente, con una cocina muy pequeña y sin cuarto de baño... Mamie —así es como la llamábamos— se ocupó mucho de nosotros tres cuando éramos pequeños: ella intentó salvar lo que pudo... Su marido murió unos meses antes de que yo naciera, y ella nunca nos habló de él. Era una mujer más bien dura, ella también (al igual que mi madre), bastante frustrada (abandonó la escuela muy pronto para trabajar en la granja), y bastante egoísta, salvo en lo referente a sus tres nietos: habría dado su vida por nosotros sin dudar.

Un abuelo lorenés, el otro bretón; una abuela parisina, la otra poitevina... Podría decir, como André Gide, «nacido en

París de un padre de Uzès y de una madre normanda, ¿dónde quiere usted, señor Barrès, que yo me arraigue?»?*

Con la salvedad de que todos mis ancestros conocidos son del norte de Francia, en todo caso del país de Oïl, y ello resulta menos heterogéneo que en el caso de Gide. Y de que mis verdaderas raíces están en París. Allí nació mi padre, y yo pasé toda mi infancia, concretamente en el distrito XIV, calle Ledion (en una casa con jardín, que ya no existe). A veces, aunque muy de tarde en tarde, se me ocurre hacer una especie de peregrinaje por este barrio tan corriente, entre la calle Didot y la de las Plantes, entre el bulevar Brune y la calle de Alésia. Este paseo nunca me deja indiferente. Sigue siendo —pese a la tristeza o tal vez a causa de ella— el lugar de mi origen...

La Francia septentrional... Entonces, ¿ninguna relación, pese a la homonimia, con Auguste Comte, que era de Montpellier?

¡Probablemente, ninguna! El apellido Comte, en Francia, es bastante común. Se encuentra en todas las regiones...

Volvamos a los libros de su infancia. Sus progenitores, decía usted, no eran intelectuales...

Pero ¡tampoco eran personas incultas! A mi madre le apasionaba la música clásica, que ella escuchaba a oscuras, a menudo llorando. Le gustaban mucho Brahms, Chopin, Mahler... A mi padre, a su vez, con una cultura sólida, le interesaba sobre todo la historia. En cuanto a la música, le gustaban sobre todo las *Rapsodias húngaras* de Liszt, en la interpretación legendaria de Cziffra: «Es hermosa como una carga de caballería», solía decir... No profesaba mucha estima hacia la literatura —con la excepción de Chateaubriand, de quien no cesaba de releer las *Memorias de ultratumba*—.

* Uzès es una población de la región del Languedoc-Rosellón, situada por tanto en la Francia meridional. [N. de la t.]

En casa, los libros no eran un objeto raro, sino más bien secundarios (Labiche, Troyat, Bazin, Prévert, Simenon, Agatha Christie...). Lo esencial, para mi padre, estaba en otra parte. Las ciencias contaban más que las artes. El dinero, más que las ciencias.

¿Cuáles fueron sus primeras lecturas? ¿Julio Verne? ¿Alejandro Dumas? ¿Jack London?

La primera de todas, quiero decir además de los libros de clase, creo que fue una revista de cómic, *Akim, Roi de la Jungle*, de cuya cubierta aún me acuerdo. Después fue la condesa de Ségur, Enid Blyton (de la cual leí toda la serie consagrada al Club de los Cinco: estaba casi enamorado de la joven Claudia), ¡y por último y sobre todo Alejandro Dumas, efectivamente, que desempeñó un papel decisivo! A London y a Julio Verne los leería más tarde; demasiado tarde, sin duda, porque me acuerdo mucho de ellos. Mientras que Dumas... Creo que muy pronto leí la mayor parte de sus novelas, pero sobre todo la trilogía de *Los tres mosqueteros*, que devoré tres veces, y que me fascinó. Un periodista literario escribió un día, en *Le Monde des Livres*, que hay dos tipos de individuos (o de escritores, no sé): los que sitúan en primer lugar *Veinte años después*, y los demás. ¡Y bien, yo formo parte de la primera categoría! No, ciertamente, desde un punto de vista literario: no es preciso decir que hoy en día siento mayor admiración por Flaubert o Tolstói, Proust o Céline. Pero el niño que permanece en mí, por una parte, sigue estando apegado a los cuatro mosqueteros, sobre todo a Athos, que es, de lejos, mi personaje novelesco favorito. Esta mezcla de valor y melancolía, de heroísmo y lucidez, de nobleza y desesperación... He llegado a decir que todos los libros que he escrito, estos miles de páginas, han sido para dar a Athos la filosofía que merece. El amor y la admiración que le profesaba contribuyeron notablemente a protegerme contra cualquier tentación nihilista. ¡Que

todo vale y nada vale, he aquí lo que Athos, por sí solo, se basta para rechazar!

¿Leyó a Tintín, a quien Michel Serres y Clement Rosset prestaron mucha atención? Tintín, que tenía buena prensa en los ambientes católicos de la época...

Sí, claro, leí muchos álbumes. Incluso durante algunos años fui suscriptor de la revista epónima. Pero sin que me apasionase o me impresionase especialmente. Le faltaba grandeza, profundidad, gravedad. Lo mismo me sucedería, algunos años después, cuando descubrí las aventuras de Astérix. Lecturas agradables y vanas. La frivolidad no es mi fuerte. El humor solo me llega si en él hay un fondo de desesperanza.

¿La escuela primaria y el instituto fomentaron en usted la afición a la lectura?

No demasiado. La lectura era para mí un placer privado, una pasión íntima, más que una actividad escolar. Los profesores de francés que tuve, aunque estimables, carecían sin duda de entusiasmo o de carisma. Por lo menos no me quitaron mi afición a la lectura, que nada tuvo que ver con ellos. Recuerdo una redacción en sexto curso, en la que había que hablar de un libro que a uno le hubiera gustado mucho. Yo elegí *Notre Prison est un royaume*, de Gilbert Cesbron, y obtuve la mejor nota. «Este libro no corresponde a su edad —me dijo la profesora—, pero lo ha interpretado muy bien...» Y después, en el último curso, recuerdo una disertación, esa vez sobre un libro descubierto poco antes. Opté por *Muerte a crédito*, de Céline. Era la primera vez que un profesor (en ese caso, la señora Duvernet), devolviéndome una copia, habló de «talento»... Esto me sigue conmoviendo hoy en día. Hay profesores generosos. Estos suelen ser los mejores.

Sus libros se alimentan de libros, ciertamente como todos los libros, sobre todo los de filosofía, pero la lectura parece tener en su caso un estatuto muy particular. ¿No es esta, a la vez, una manera de amar el pasado y de volverse hacia sí?

La lectura fue lo más importante de mi vida, durante lo esencial de mi infancia y adolescencia. ¿Por amor al pasado? Sería creíble, tratándose de Dumas. Pero era más sensible a aquello que no pasa, a lo que aún no denominaba eternidad. En cuanto a encontrar un camino hacia sí, ciertamente es una de las funciones de la literatura. Hay que intentar conocer lo que uno es, lo que uno no ha elegido y de lo cual, por tanto, uno no sabe casi nada... Los libros ayudan, y esto es bueno. Después uno pasa a otra cosa, quizá porque se interesa menos en uno mismo, quizá porque la vida real, tal como es o tal como se experimenta, parece más interesante que los libros que hablan de ella... A los once años, como ya le he comentado, quería ser novelista. Después, algunos años más tarde, descubrí la filosofía... Pero esto no me hizo renunciar inmediatamente a la ficción. Sartre era entonces el contemporáneo principal, que me sirvió de modelo. Y yo admiraba *La náusea* o *Los caminos de la libertad* casi tanto como *Las palabras* o *El ser y la nada*... ¿Por qué no intentar, yo también, practicar ambos géneros?

Después, la filosofía se convirtió en mi oficio, y debo reconocer que, con el paso del tiempo, cada vez leía menos novelas, que me causaban menos placer... ¿Para qué inventar historias? ¡Uno se explica ya bastante bien! Voy a herir los sentimientos de mis amigos novelistas... Pero, al fin y al cabo, es una cuestión de gusto, más que de doctrina, y está bien que explique el mío. Cuando ahora leo novelas, es sobre todo para pasar el tiempo, por ejemplo durante un viaje en tren, o para conciliar el sueño. Me conformo con las novelas negras, o las prefiero a las novelas más ambiciosas o pretenciosas, que a menudo me causan la sensación de que tienden menos al placer del lector que a la gloria, real o ilusoria, del

autor... «¡Mira qué bien escribo, qué frases tan bien construidas; mira lo sensible, inteligente y artista que soy!» ¡Qué irrisión! ¡Qué aburrimiento! Ello no es óbice para que, entre las novelas, haya verdaderas obras maestras. ¿Cómo no admirar a Balzac o a Tolstói? ¿Cómo no amar a Stendhal o a Flaubert? Y también en el siglo xx: Proust y Céline, que leí durante los dos veranos que enmarcaban el último año de secundaria, me impresionaron vivamente, por decir lo menos. ¡Qué lenguaje! ¡Qué fuerza! ¡Qué agudeza! ¡Qué belleza! Pero esto, lejos de impulsarme a escribir novelas, contribuyó a desanimarme: ¡sabía que nunca lo haría mejor, ni siquiera tan bien, como estos dos autores! En filosofía, a riesgo de parecer inmodesto, me sentía menos desamparado, o encontraba a los autores del siglo menos abrumadores.

Usted jamás se esconde tras las referencias, esto está claro; y, si vela por la precisión de las notas a pie de página, no es por conformismo universitario. Además, las referencias y otras citas parecen tener la virtud de ayudar a la formación de su propio pensamiento. Pensar es siempre recoger (si no agradecer). ¿Sería este su uso de la mayéutica?

No creo mucho en la mayéutica, que pretende alumbrar en los ignorantes una verdad que llevan en sí mismos sin saberlo. Mi modelo, en cuanto a la filosofía antigua, es más bien Aristóteles que Sócrates o Platón. Es mi lado profesoral. Pero también hay otra cosa: yo no creo en las ideas innatas ni en la reminiscencia de carácter platónico. En mi opinión, los que tienen razón son los empiristas. Nuestras ideas proceden de fuera, o del cerebro, pero en tanto este se confronta con otra cosa que consigo mismo. Esto es especialmente cierto en filosofía. Se lo he dicho muchas veces a mis estudiantes: si tenéis una idea que pensáis que nadie ha tenido jamás, hay razones fundadas para pensar que es una tontería... Y esto me lo aplico también a mí. Y lo manifesté ya en mi primer libro: «La originalidad no es mi objetivo. Mi objetivo no es

pensar algo nuevo, sino pensar bien». Así pues, es cierto que cito mucho, y a veces demasiado. Lo cual es mejor que disimular las influencias que uno ha tenido, o lo que uno toma prestado... Y además, tiene razón, es también una cuestión de gratitud, una forma de agradecer, como usted dice, a aquellos autores a quienes debemos tanto, entre lo que se cuenta una buena parte de aquello en lo que —gracias a ellos, o tal vez contra ellos— nos hemos convertido.

En cuanto a las notas a pie de página, es otra cosa: más bien una lógica de todo o nada. En algunos libros, me sucede que solo me autorizo pocas notas, o incluso me las prohíbo todas, para no sobrecargar la exposición. Vea por ejemplo *El alma del ateísmo*, *La vida humana* o mi *Diccionario filosófico*.* Pero si uno decide dar las referencias a pie de página, parece lógico darlas todas. Pero ello no da por sentado que usted las tenga que leer. Estas notas se dirigen menos al lector que a quien, en un momento posterior, decide comenzar o seguir sus propias investigaciones.

¿Qué función atribuye usted a la cita? A usted le gusta esta manera de dialogar con los grandes autores. Podemos pensar en Montaigne, a quien tanto aprecia. Podemos referirnos a George Steiner, que ha llevado muy lejos el arte de la cita.

Montaigne me importa más. Es más singular, y por ello más universal. Él cita mucho, y a veces demasiado, también. Pero ello no le impidió hacer, sin pretenderlo, «el libro más original del mundo», como Léon Brunschvicg dijo de los *Ensayos*. Montaigne se explica retomando una imagen tradicional: «Las abejas picotean en esta y en aquella flor; mas después hacen con ella la miel que es de todas». Usted ha encontrado la palabra adecuada, la palabra *diálogo*. Uno no

* Estas obras han sido publicadas en España por Paidós: *Diccionario filosófico*, Barcelona, Paidós, 2003; *La vida humana*, Barcelona, Paidós, 2007; *El alma del ateísmo*, Barcelona, Paidós, 2014. [N. de la t.]

piensa solo, ni a partir de no sé qué tabla rasa. Uno piensa con los demás, contra los demás, cuya mayor parte, tratándose de los grandes autores, han muerto hace mucho tiempo. ¡Esto nos libra de las querellas contemporáneas, de los pequeños conflictos de ego o de escuelas! Citar hoy a Aristóteles o a Epicuro, Montaigne o Pascal, Spinoza o Kant, es hacer entrar la larga duración del espíritu en la tarea actual del pensamiento. Es lo contrario de la moda, del «presentismo», de la búsqueda perpetua de la novedad, que tanto ha perjudicado a nuestra vida intelectual y artística.

Vigny dijo —cito de memoria— que una obra es siempre un deseo de juventud realizado en la edad madura. ¿Hace usted suya esta sentencia?

Creo recordar que él dijo esto refiriéndose a una vida plena, más que a una obra, y que hablaba de «sueño» más que de «deseo»... No importa demasiado. Me parece que, tanto para la vida como para la obra, es hacer demasiado caso de la juventud. Nadie escapa de su infancia. De ahí a convertirla en un destino o en una vocación... Mi sueño de juventud era seguramente escribir y, en efecto, he publicado más de una veintena de obras. ¿Y ahora? ¿Qué es lo que esto dice sobre lo que he conseguido o no en mi vida (que depende de muchas otras cosas aparte de los libros), o sobre el valor de mi obra? Por el contrario, Montaigne, «autor impremeditado y fortuito», como él mismo dijo, no tenía sin duda el proyecto, de niño o de adolescente, de escribir libros. ¡Y esto no le perjudicó, muy al contrario! Puede que los *Ensayos* deban una parte de su éxito excepcional a esta ausencia de premeditación, ya se tratase de sueños o de deseos. Usted se acordará de aquello que escribió: «Mi filosofía se basa en la acción, en uso natural y presente, poco en fantasía [en imaginación]... Soy menos hacedor de libros que de ninguna otra tarea...». Él se contenta con «vivir de manera consciente». Esto vale más que ajustar perpetuamente sus cuentas con

el niño o el adolescente que uno fue, e incluso que querer a toda costa tener éxito en su vida o su obra. Basta con vivir. Basta con trabajar. Y uno logrará tanto más cuanto haya dejado de soñar en no sé qué éxito absoluto o global. «La historia de toda vida es la historia de un fracaso», dijo Sartre. Esto quizá es forzar un poco la cuestión. Pero esto me dice más que la voluntad ferviente de «vivir sus sueños», como se dice hoy en día. ¡Despertémonos, más bien! La vida es más preciosa que los sueños. La lucidez, más importante que el éxito.

*¿Qué recuerdos conserva usted de las clases preparatorias de primero y segundo? ¿Y de la calle Ulm?** *¿Qué profesores le marcaron especialmente?*

¡Los dos años de preparatorio me parecieron deliciosos! Al menos este es el recuerdo que me viene espontáneamente, que tal vez embellezco. Viniendo de un instituto periférico y yendo a Louis-le-Grand, temí quedarme rezagado. Pero fue al contrario: jamás había trabajado tanto, ciertamente, pero tampoco jamás obtuve tan buenos resultados... Los profesores, en mi primer curso, me parecieron decepcionantes. Pero no así los alumnos, o no todos. Hice amigos, al menos dos a los que quise apasionadamente y a los que todavía quiero. ¿Qué más se puede pedir? En segundo todo fue más o menos igual, salvo que además tuve la suerte de tener un profesor de filosofía excepcional, André Pessel, físicamente rotundo, intelectualmente sorprendentemente agudo, brillante, dinámico. Como Pierre Hervé, él se mostraba más bien distante con nosotros (él y yo solo nos hicimos amigos después, cuando dejé de ser su alumno). Pero ¡qué calidez de pensamiento, qué vivacidad, qué virtuosismo, qué entusiasmo! Nos impresionó mucho, tanto por el alcance de su saber como por la rapidez de su mente. Pensando en el cómic de Morris y Gos-

* En la calle Ulm se encuentra la École Normale Supérieure de París.
[N. de la t.]

cinny, le encontré un sobrenombre: «¡Lucky Pessel, el hombre que piensa más deprisa que su sombra!».

¿Se encuentra usted entre aquellos que critican las grandes escuelas, una institución muy francesa? Estos críticos a menudo ponen en tela de juicio el sistema de los concursos, que consideran falsamente republicano...

Me resulta difícil hablar de ello objetivamente. Yo provengo de este sistema, que conserva para mí el sabor de la felicidad y del éxito. Fui admitido en la École Normale Supérieure, como después en la agregación, desde mi primera tentativa, mientras que yo procedía de un medio familiar que, culturalmente, no era nada privilegiado. Yo no fui el único. Muchos de mis condiscípulos de la calle Ulm eran hijos de obreros, de empleados, de pequeños comerciantes o de agricultores... Esta «cadena de excelencia», como se suele decir, reposa ciertamente en la selección (los concursos), pero es más académica e intelectual que social. Jean-Pierre Chevènement, algunos años después, defenderá el *elitismo republicano*. Esta noción no me disgusta. La igualdad de oportunidades, por mucho que uno pueda alcanzarla o aproximarse a ella, no entraña en absoluto la igualdad de talentos ni de resultados... ¡Desgraciadamente! Yo le hablo de una época anterior, el principio de la década de 1970. Todo parece indicar que la selección social, en nuestros institutos, prima cada vez más sobre la selección por el trabajo o el rendimiento. Es un retroceso dramático, pero que se dirime más bien en la enseñanza primaria o secundaria que en la superior. No estoy seguro de que suprimir los concursos mejore la situación... Dicho esto, son ámbitos en los que yo no me siento muy competente (todo lo que compete a las ciencias de la educación me ha parecido siempre formidablemente insulso e incierto). Digamos que me parece lamentable suprimir lo que, en nuestra enseñanza superior, funciona mejor: ya no las grandes escuelas, ni la universidad, sino las clases preparatorias...

La época presenció el triunfo del estructuralismo, en todas sus formas. Con personajes tan diferentes como Lévi-Strauss, Lacan, Barthes, Foucault, Deleuze, Derrida... ¿Los leyó con interés? ¿Está en deuda con ellos?

Leí bastante a Lévi-Strauss (quien más tarde me honró con su confianza, con su amistad) y a Deleuze, y a ambos con admiración. Del primero, me gustan sobre todo los pasajes, sobre todo al final de sus libros, en los que se distancia un poco de la etnología. El final de *Tristes trópicos*, el último capítulo de *El pensamiento salvaje*, el suntuoso «Finale» de *El hombre desnudo...* Estos textos han sido muy importantes para mí, y aún lo siguen siendo. Lo que he conservado del estructuralismo es, primero, la crítica del sujeto, el rechazo a las «supuestas evidencias del yo», de la consciencia o del *co-gito*. ¡Esto me cambió la fenomenología, que descubrí, bajo la influencia de Hervé, en Sartre y en Merleau-Ponty! Pero también he conservado de Lévi-Strauss otras dos lecciones: una crítica de la modernidad, especialmente en los ámbitos artísticos, y una forma de sabiduría desilusionada, explícitamente muy próxima a la de Montaigne o Buda. En 1988, Jean-Marie Rouart, que dirigía *Le Figaro Littéraire*, me pidió un artículo sobre Lévi-Strauss. Dudé si aceptarlo o no, porque *Le Figaro* era un periódico de derechas (según el ambiente ideológico de la época, o según mi propio sectarismo de aquellos años), pero al final, pese a todo, me decidí, porque se trataba de Lévi-Strauss. Y este último, cuando el artículo apareció,* le dijo a Jean-Marie Rouart, quien me lo transmitió: «Es el mejor artículo que he leído sobre mí en la prensa...». Poco después, Lévi-Strauss me pidió que participase en un programa de televisión dedicado a él, lo cual acepté inmediatamente sin dudarle. Yo le había enviado todos mis libros

* «Lévi-Strauss ou le courage du désespoir», *Le Figaro Littéraire*, 20 de septiembre de 1988; publicado de nuevo en *Une Éducation philosophique*, París, PUF, 1989, págs. 312-315.

desde *El mito de Ícaro*; entonces, él me envió los suyos, dejando constancia, en sus dedicatorias, de su «fiel amistad». Nos vimos varias veces, a menudo en su casa, en la calle Marroniers, casi siempre en un *tête à tête*. Él era maravillosamente inteligente, elegante, bondadoso, y un poco triste. Un día, al llegar a su casa, le pregunté cómo estaba. Él me respondió, citando a no sé quién: «Cada vez tengo más gusto y menos talento...». Hablábamos de arte y de filosofía más que de etnología. Sobre la modernidad, él era aún más severo que yo. ¡Había que ver cómo hablaba de lo que se conocía como «estructuralismo», y de la mayoría de los autores que sistemáticamente asociaban su nombre al suyo! Esto le horrorizaba. Prefería a Rousseau o a Montaigne. En cuanto al arte contemporáneo... ¡Acuérdese de lo que él decía sobre «el oficio perdido de los pintores» o sobre «el insoportable aburrimiento que exudan las letras contemporáneas»! Una de las últimas veces que fui a su casa, hablamos de música. «Ahora escucho a Brahms», le dije. Lévi-Strauss frunció el ceño. ¿A usted no le gusta? Él me respondió: «No, veo demasiado adónde lleva esto...». Sobre este punto, yo era menos arcaizante que él. Pero en una época en la que todo el mundo celebraba las vanguardias, su ejemplo me dio valor. Nadie está obligado a amar el arte de su tiempo, ni lo que los periódicos ensalzan.

Deleuze es diferente. Trabajé mucho sus primeros libros, que pertenecían a la historia de la filosofía: *La lógica del sentido*, las dos obras sobre Nietzsche, las dos sobre Spinoza, su *Kant*, su *Bergson*, su *Proust*, todos ellos admirables. Pero *El anti-Edipo* acababa de salir. Obviamente lo compré, pero nunca logré profundizar realmente en él. ¡Allá había alguna cosa que me parecía demasiado de nuestra época, y que tan poco me gustaba! Así que apenas miré los otros libros que Deleuze siguió publicando con Guattari —excepto *¿Qué es la filosofía?*, que leí entero cuando lo publicaron, y que no me despertó muchas reticencias—. En el fondo, tengo con Deleuze el mismo tipo de relación que con Picasso: sé apreciar el

genio del uno (sin duda, el pintor más grande del siglo xx), y el inmenso talento del otro (seguramente, uno de los grandes filósofos de los años 1960-1990). Pero su obra me deja insatisfecho, decepcionado, descontento. No puedo evitar lamentar —aunque no tengo ningún derecho a hacerlo— el uso que hicieron de sus excepcionales capacidades. Siento que en este punto avanzasen en el sentido de la época, cuando hubieran podido, mejor que otros, resistirse a él. «Un día, quizá, el siglo será *deleuziano*», profetizó Foucault. Me parece que este ya es el caso, y esto, dicho por mí, no es un elogio. Otros, con menos talento, hicieron una obra que me satisface o me llega más. Por ejemplo, Balthus, Bacon o Lucian Freud en pintura, Conche o Rosset en filosofía. «Cuestión de gustos», me dirá usted... Ciertamente, está claro que los míos en nada disminuyen la grandeza de Deleuze o de Picasso. Pero usted me preguntó qué es lo que le debo al primero. Mi respuesta es doble: él me ayudó a leer a muchos de los principales filósofos del pasado, y me inculcó su ejemplo, porque era incapaz de satisfacerme con su pensamiento.

Sucede un poco lo mismo con Barthes o con Derrida, con la salvedad de que me los tomaba un poco menos en serio. Tal vez me equivoqué por no leerlos más detenidamente. Pero sus discípulos, que me irritaban, contribuyeron a mantenerme alejado de ellos. Sin embargo conocí a Derrida, que enseñaba en la calle Ulm. Era un hombre agradable, y también, cuando se dignaba a no hacer de Derrida, un excelente profesor. Pero en aquellos años él acababa de publicar *Glas* y *La tarjeta postal*:* repulsión inmediata. ¡Era lo contrario de lo que me agradaba y de lo que tenía ganas de hacer! Igual reacción ante su célebre conferencia sobre «La diferencia», que leí cuando llegué a la École. Demasiado preciosismo, de-

* El autor se refiere a *Clamor-Glas*, Madrid, Oficina de Arte y Ediciones, 2015; y *La tarjeta postal de Sócrates a Freud y más allá*, México, Siglo XXI, 2001. [N. de la t.]

masiada oscuridad, demasiadas complicaciones, para unos retos que me parecían más bien fútiles. Bastantes años después, cuando sometí a la consideración de Derrida mis primeros textos (una recopilación de aforismos, que no publicaría hasta treinta años después),* él me hizo partícipe —con gran gentileza— de la misma perplejidad. «¡Esto es totalmente opuesto a lo que yo hago!», me dijo. Y tenía razón. Pero nunca me lo reprochó. Otros, por el contrario... Cuando apareció *El mito de Ícaro*, Roland Jaccard, que dirigía la colección Perspectives Critiques, envió un ejemplar a su amiga Sarah Kofman, que daba clases en París I. Y he aquí, según el testimonio de Roland, lo que ella le dijo: «¿Quién es este tipo? ¡Habla de Epicuro y de Spinoza en todas las páginas, y no escribe ni una línea sobre Derrida!». Ella también tenía razón. Ello no nos impidió, cuando me convertí en colega suyo, mantener una relación muy cortés, pero le da una idea de mi soledad intelectual de entonces...

¿Lacan? Yo me dispuse a asistir a su seminario, que aquel año se celebraba cerca del Panteón. ¡Con una vez tuve bastante! Es uno de los espectáculos más ridículos que haya visto jamás. Lacan me pareció enfático y grotesco a la vez. Más adelante leí algunos de sus textos. Su talento, su inteligencia, su cultura son incontestables. Pero ¡qué ampulosidad, qué manierismo, qué complacencia en la jerga y la oscuridad! Me temo que ha hecho más mal que bien al psicoanálisis...

En cuanto a Foucault, que era entonces el más prestigioso de todos, un día decidí, durante mis años en la École Normale Supérieure, sumergirme en *Las palabras y las cosas*. Era un libro culto, y por tanto era de buen tono hablar de él con entusiasmo. Leí las doscientas primeras páginas, tan brillantes, tan impresionantes y, no obstante, para mi gusto, tan aburridas... En él vi más historia que filosofía. Esto me hizo

* *Du Corps*, París, PUF, 2009 (trad. cast.: *Sobre el cuerpo*, Barcelona, Paidós, 2010).

pensar en lo que nos dijo Pessel, cuando estábamos en segundo de preparatorio: «¡En el fondo, Foucault va a la Biblioteca Nacional, y ficha un montón de libros que uno jamás hubiera pensado leer. Y después, uno lee a Foucault. Y te das cuenta de que tienes razón al no leer todos sus libros!». Al final abandoné su lectura, no sin tristeza: me di cuenta plenamente de que mi relación con la modernidad se hacía cada vez más difícil y endeble, en suma, conflictiva...

¿Cómo lo vivió?

Con perplejidad, inquietud, desarraigo... ¿Qué hacer? Uno no puede elegir su época, y apenas puede elegir sus propios gustos. Si hubiera nacido algunos años más tarde o si no hubiera sido una nulidad en inglés, hubiera podido convertirme en un filósofo «analítico»: dejar la filosofía «continental» al comentario siempre repetido de su propia historia, a su genealogía, a su «deconstrucción», por no decir a su sofística, y buscar en los discípulos (casi siempre anglosajones) de Frege y de Russell la manera de satisfacer mi apetito por la claridad, por la argumentación, por una verdad al menos posible... Pero en la época, la filosofía analítica era objeto en Francia de un bloqueo muy eficaz: yo no sabía nada, y de hecho aún hoy en día la conozco bastante mal (reconozco que me aburro pronto). A falta de un viaje en el espacio, al otro lado del Atlántico o del Canal de La Mancha, emprendí pues un viaje en el tiempo; para el caso, hacia un pasado muy lejano, no para comentar la filosofía de los antiguos o de los clásicos, y menos aún para «deconstruirla», sino para emplearlos como modelo, para intentar filosofar a su manera, a fin de salir, si podía, del punto muerto de la «posmodernidad». A decir verdad, no fue tanto una elección como una necesidad. «La admiración es el fundamento de toda filosofía», dijo Montaigne (en él es verdad la palabra *admiración* en su sentido primero de «asombro»); y a quienes más admiro, en filosofía, están muertos desde hace muchos siglos...